

LAS CINCO AMIGAS

RENACIDA

Por LAURA ANUBIS

Copyright 2012 Laura Anubis

Smashwords Edition

Todos los derechos reservados

Smashwords Edition Licence Notes

This ebook is licensed for your personal enjoyment only. This ebook may not be re-sold or given away to other people. If you would like to share this book with another person, please purchase an additional copy for each recipient. If you're reading this book and did not purchase it, or it was not purchased for your use only, then please return to Smashwords.com and purchase your own copy. Thank you for respecting the hard work of this author.

Licencia de uso para la edición de Smashwords

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de dirigirte a Smashwords.com y descargar tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Tabla de contenidos

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercera parte](#)

[Cuarta parte](#)

[Quinta parte](#)

[Sexta parte](#)

[Séptima parte](#)

[Octava parte](#)

[Novena parte](#)

[Décima parte](#)

[Undécima parte](#)

[Duodécima parte](#)

[Decimotercera parte](#)

[Decimocuarta parte](#)

[Decimoquinta parte](#)

[Decimosexta parte](#)

[Decimoséptima parte](#)

[Decimooctava parte](#)

[Decimonovena parte](#)

[Vigésima parte](#)

[Vigésimo primera parte](#)

[Vigésimo segunda parte](#)

[Vigésimo tercera parte](#)

[Vigésimo cuarta parte](#)

[Vigésimo quinta parte](#)

[Vigésimo sexta parte](#)

[Vigésimo séptima parte](#)

[Vigésimo octava parte](#)

[Vigésimo novena parte](#)

[Trigésima parte](#)

[Trigésimo primera parte](#)

[Trigésimo segunda parte](#)

[Trigésimo tercera parte](#)

[Sobre la autora](#)

Primera parte

Hace tanto tiempo que no tengo un orgasmo que ni siquiera estoy segura de lo que se siente. Sé que jamás tendré otro en mi vida, pero hace mucho que no me importa. He aprendido a vivir así y a disfrutar cada polvo. Sí, tengo una vida sexual y me encanta. El hecho de que no me pueda correr no la hace peor. Permittedme que vuelva la vista atrás y os cuente algo de mí...

Nací como varón hará aproximadamente treinta años, creo. Todo ese periodo de mi vida está bastante confuso. Mi aspecto de entonces no importa en absoluto, dado que fui alterada para ajustarme a los deseos de mi propietario cuando me compró hace ya dos años. Recuerdo que yo era un solitario, sin familia, prácticamente sin amigos y con un trabajo aburrido en el que estoy segura que nadie me echará de menos.

Todo empezó en octubre de 2006, cuando eché el curriculum para un cambio de trabajo. Se suponía que era similar al que tenía, como contable de una pequeña oficina que era a su vez parte de una gran empresa. Sin embargo, el sueldo era mucho mejor que el que me pagaban. En teoría tendría que irme a un oscuro país africano durante al menos un año, lo que vi simplemente como una oportunidad de conocer nuevos lugares. Nada me ataba a mi ciudad.

Después de algunas pruebas escritas, algunos psicotécnicos y una entrevista personal con lo que parecía ser un psicólogo, sólo quedamos cinco candidatos. Todos varones. No conocía a ninguno. Han pasado apenas dos años y tengo serios problemas para recordar sus antiguas caras y cuerpos. Sin embargo, hoy, esas cinco personas son mis mejores amigas. De hecho, son mis únicas amigas, si no contamos a sus respectivas parejas y a la mía, claro. Los hombres que nos compraron. Sin embargo, no los vemos ya como "propietarios" porque los amamos profundamente.

Tan sólo nos quedaba por pasar un examen médico. Si estábamos sanos, los cinco firmaríamos los contratos y empezaríamos a trabajar con ellos de inmediato. Se encargarían de todo con nuestras antiguas empresas, los que las tuviéramos.

Yo estaba el primero en la sala de espera. Era el único adyacente a la puerta y podía oír lo que los médicos hablaban en el interior de la habitación contigua. Era algo tan sumamente extraño que no podía creerlo:

—Entonces, decidido. De acuerdo con los requerimientos recibidos, el primero será convertido en una mujer rubia, de unos veinticinco años aparentes. Tendrá grandes tetas de aspecto falso... ¡Ah! y será castrada.

—Muy bien —dijo una segunda voz, como si fuera lo más normal del mundo— ¿Qué hay del segundo?

—Lo convertiremos en una joven morena, de unos veintitrés años. Tendrá pechos diminutos y naturales, y mantendrá su capacidad sexual intacta. No tocaremos nada por ahí debajo.

—De hecho, será el más afortunado de los cinco —rió una tercera persona.

Me aparté discretamente. Continuaban hablando sobre los restantes candidatos. No quería arriesgarme a que me pillaran y no escuché más. Existía la posibilidad de que todo fuera una trampa. Otro test psicológico rebuscado y algo cruel. Es habitual en las empresas más exigentes. Quizá lo único que querían era ponernos nerviosos.

Mi mente se lanzó a pensar. Obviamente no creía una palabra de lo que estaban diciendo. De lo contrario, me habría largado de allí a la carrera sin siquiera volver la vista atrás. No dije nada a mis compañeros de examen y cuando nos llamaron, me las apañé para entrar en segundo lugar. Por si acaso...

La consulta, por llamarla de alguna manera, era grande. Había cuatro médicos en su interior, todos hombres, todos de mediana edad. Como la mayoría de los doctores, nos ignoraban mientras hablaban en voz baja entre sí. Cuando nos miraban, era más como ganado que como seres humanos.

Finalmente, uno de ellos se acercó a nosotros con cinco pequeños vasos. Nos dio uno a cada uno.

—Bienvenidos a su prueba final, caballeros —dijo, cuando todos teníamos la bebida en la mano—. Por favor, beban esa solución. Es un contraste inocuo para que podamos observar el funcionamiento de su sistema digestivo.

Todos obedecimos. El sabor era extraño. Una mezcla entre jarabe de fresa y alguna rara medicina. Así nos quedamos los cinco, mirándonos unos a otros, sin atrevernos a hablar, en una hilera perfecta. El tiempo pasaba lentamente. Poco a poco, me dejó de importar todo y hasta el corazón, acelerado hasta entonces, se relajó. Después de cinco minutos, otro de los médicos, el segundo cuya voz había oído en el exterior, habló:

—Bienvenidos al lugar de vuestra transformación. La vida que habéis conocido hasta ahora termina aquí, en este preciso momento.

No sentí nada. Ni preocupación, ni necesidad de escapar. Tan sólo permanecía allí, de pie, escuchando. Sabía que lo que estaba oyendo era física y médicamente imposible. Ninguna tecnología presente ni probablemente futura permitía cambiar el sexo de las personas sin un montón de operaciones quirúrgicas.

—Pertenece a una empresa muy poderosa —continuó—, diferente a cualquier otra que hayáis visto en vuestra vida. Este edificio ha sido alquilado tan solo para esta "selección de personal". Mañana estará vacío. Nadie será capaz de rastrearos, si es que alguien se molesta en hacerlo, cosa que dudo.

Las cosas se ponían peor a cada momento. ¿Iban a matarnos? ¿Lo que había oído antes, a través de la puerta, tenía algún viso de realidad? Pensaba en esas cosas, pero realmente no me importaban. ¿Mi vida en peligro? Sentía más curiosidad por saber qué me iba a pasar que cualquier otra cosa.

—Los cinco habéis sido seleccionados —dijo el que parecía estar al mando— porque sois personas solitarias. Sin familia, sin amigos, sin interacción social en el trabajo... Esto es bueno por dos razones: la primera, no queremos a gente preguntando por vosotros. La segunda, preferimos no destrozarnos familias. No nos gustan las lágrimas y el dolor, aunque ahora penséis lo contrario. Todos vosotros vais a ser felices en vuestra nueva vida, os lo aseguro. No nos gustaría que dejaseis a alguien llorando detrás.

Bueno... Eso era mejor. Si íbamos a tener una vida, es que no nos iban a matar, ¿verdad? Después de todo, no parecían tan malos. No les gustaban las lágrimas; eso era bueno.

—Ahora, por favor —dijo el primer hombre— desnudaos y quedaos donde estáis. Sí, toda la ropa. También la interior.

Obedecemos sin una protesta. Sin sentir vergüenza. Definitivamente, algo en esa bebida nos hacía comportarnos como marionetas, sin voluntad.

—Permitidme que os explique lo que os va a pasar ahora —dijo un tercer doctor, más anciano que los otros. Caminaba por delante de nosotros como un oficial pasando revista a sus soldados—. Vais a cambiar... para ajustaros a las solicitudes de nuestros clientes. Vuestra apariencia física será alterada para volverse más... femenina. Algunos de vosotros seréis también eunucos. Los más afortunados quizá retengáis vuestra capacidad para tener orgasmos, incluso erecciones. ¿Cómo decidimos eso? Por suerte. El orden en que habéis cruzado esa puerta ha decidido vuestro destino.

En ese momento pensé que había hecho trampas... y no me importó. Si era un extraño el que iba a sufrir transformaciones más drásticas que las mías... mejor él que yo. La verdad es que no me apetecía nada convertirme en algo parecido a una mujer... aunque mejor eso que una rubia de tetas gordas y castrada...

—Por ejemplo —dijo el más mayor— a ver... Número Uno, acércate.

El tipo que había ocupado mi lugar caminó sin vacilaciones hacia el médico.

—Vas a convertirte en una mujer de 25 años, llamada Dalia. Te proporcionaremos un par de pechos de silicona de gran volumen. Tendrán la apariencia de falsos, al estilo de Pamela Anderson, que así es como nuestro cliente lo ha solicitado. Tendrás que llevar el pelo siempre teñido de rubio. Destruiremos cada folículo por debajo de tus ojos, incluidas las cejas, que te serán tatuadas en un fino hilo. Aumentaremos tus labios, dado que tienen que ser gruesos; sin embargo, será un aumento moderado, así que seguirán pareciendo naturales. Tendrás que llevar siempre lentillas azules, las de más calidad del mercado. ¡Ah! Te extirparemos los testículos y dejaremos tu pene intacto... excepto por sus sensibilidad, que caerá prácticamente a cero. No te preocupes... te encantará el sexo, aún siendo anorgásmica. Ahora, por favor, acude a la puerta número Uno.

El hombre obedeció. Ese fue el primer momento en que vi que había seis puertas delante de nosotros, justo en la pared opuesta de la consulta. Alguien abrió una de ellas. Esa fue la última que lo vi, al menos como un "él". Quién diría que Dalia acabaría siendo mi mejor amiga...

—Ahora tú —dijo, señalándome con el dedo—. Ven aquí.

Hice lo que me habían ordenado, dócil y sumiso.

—Tú sufrirás menos modificaciones que cualquiera de tus compañeros. Serás una mujer delgada de 23 años. Tu nombre desde ahora es "Laura". Tu pelo, que veo que es liso y castaño, será rizado y teñido de negro. Tendrás pechos muy pequeños, a cambio te colocaremos un implante de nalga bastante voluminoso. Vas a convertirte —añadió, sonriendo— en una mujer de culo gordo, como nos han especificado. Te dejaremos pocos folículos, pero aún así tendrás que depilarte piernas y axilas, como la mayoría de las mujeres. Tus cejas deberás depilarlas muy finas, de apenas un pelo de grosor. Sin embargo, no vamos a tocar tu sistema reproductivo. Tendrás tus pelotas intactas. Enhorabuena. Por favor, camina hasta el cuarto número Dos.

Obedecí. ¿Acaso tenía otra opción? Mis pies parecían ir solos, de todas formas. Al mismo tiempo que la parte lógica de mi cerebro me decía que todo era imposible, sabía, quizá por las drogas que nos habían dado, que nos estaban diciendo la terrible y absoluta verdad.

Justo antes de entrar, escuché parte del destino del tercer "candidato":

—Serás una rubia natural de pelo largo. Te proporcionaremos unos enormes pechos naturales, así que puedes esperar que sean muy caídos. Tu piel será pálida. Serás castrado, con plena sensibilidad en el pene...

Entré en la habitación. Había dos galenas en el interior. Cerraron la puerta y ya no pude oír más sobre mis compañeros de desgracia.

—Por favor, tumbate en esa cama.

Después de que lo hiciera, pusieron un vial en mi brazo. Entonces, la puerta volvió a abrirse.

—¡Esperad un minuto! —dijo uno de los médicos que estaban fuera—. Ha habido una modificación de última hora. Este también debe ser castrado y privado de toda sensación en la zona genital. Tiene que ser todo lo femenino posible, a pesar de sus pechos diminutos.

Oh. Mi truco al final no había funcionado. La Diosa Fortuna finalmente me había abandonado. No quería perder mi masculinidad, aunque seguía sin importarme de verdad. Maldito brebaje...

Un momento después, todo se volvió oscuro y caí en la inconsciencia.

Segunda parte

Cuando desperté había recobrado mi voluntad, al menos aparentemente. Estaba preocupado. De hecho, estaba aterrorizado, ya libre del efecto de las drogas. Me incorporé en la cama en la que estaba tumbado. Lo recordaba absolutamente todo. Sin embargo, había perdido toda noción temporal. ¿Cuánto tiempo había pasado privado de conocimiento? ¿Horas? ¿Años? ¿Me habían "transformado" completamente? ¿Habían siquiera comenzado a hacerlo? ¿Había sido todo una pesadilla?

Miré alrededor. Estaba en una habitación de hospital. Sin duda, no era el mismo sitio donde me habían sedado. Debía ser un edificio alto. La luz del sol entraba a través de un ventanal por el que no se veía ninguna otra casa. Mi cama era la única en el cuarto, que era francamente amplio. Con cuidado, alcé un brazo y palpé mi rostro. Parecía mío y al mismo tiempo había algo extraño. Miré entonces mi mano. Sí que había cambiado. Era suave y delicada; pequeña con dedos finos y delicados. Mis uñas eran más largas de lo que recordaba y casi blancas. Era su color natural.

Rápidamente palpé mi torso. Mi corazón latía más de cien veces por minuto. Definitivamente, tenía pechos. Pequeños, casi imperceptibles, aunque estaban ahí, cubiertos por el pijama de hospital. No me atreví a mirar. Bajé mis manos hasta mi sexo. Pude tocar mi polla. Nunca había sido realmente grande, pero lo que noté entre mis dedos era bastante más pequeño, no más de tres o cuatro centímetros. No reaccionó ante mi caricia. Estaba como dormido. Recuerdo que fue la sensación más extraña de toda mi vida. Ahora no conozco otra forma de notarlo. Es tan sólo mi "herramienta de mear".

No tenía testículos. Ni rastro. Se habían ido, como mi sensibilidad sexual. Al estar doblado hacia delante, largos mechones de pelo castaño cayeron sobre mi rostro. Me di cuenta de que no tenía ni un átomo de grasa en mi tripa. Era completamente plana. Probablemente tendría el culo gordo que me habían prometido, aunque no tenía fuerzas para comprobar nada más. Volví a tumbarme e intenté dormir, escapar de esa pesadilla entre las sábanas. Lo conseguí.

Cuando desperté de nuevo, el sol estaba más bajo en el cielo. Probablemente caía la tarde. Recé porque todo fuera un sueño. ¡Esas cosas no

pueden pasar en la vida real! No me moví. Tan sólo desplazé una mano para tocarme la polla, con el mismo resultado. Me habían convertido en una especie de monstruo. A pesar de mi desesperación, tenía que averiguar qué más cosas habían cambiado en mi. No quería hacerlo, pero debía ponerme en pie y encontrar un espejo en alguna parte.

No conseguí mantenerme sobre mis pies. Mis talones dolían terriblemente. Gemí en voz tan baja como fui capaz. Entonces fui consciente de otra cosa más: mi voz era la de una chica. Hablé para mí, tratando de alcanzar los límites. No me arriesgué a gritar (¿Tenía miedo? ¿O era timidez? ¿Era yo tímido antes?). Pude comprobar que podía hablar en tonos agudos y los graves estaban fuera de mi alcance. Era, sin lugar a dudas, una voz de mujer joven. Suspiré. Una lágrima se escapó y rodó por mi mejilla.

Descubrí que sólo podía caminar de puntillas. Era imposible hacerlo de cualquier otra manera. No sólo era doloroso, sino que me arriesgaba a caerme de espaldas, dado que mis pies, por algún motivo, entendían como "plano" ese gran ángulo. Encontré, junto a los pies de la cama, unas zapatillas realmente peculiares, de la talla 36. Cuando era un hombre, calzaba una 42. Lo peculiar de esas zapatillas era que tenían forma de cuña, de forma que el pie introducido en ellas quedaba a más de 45 grados respecto al suelo. Nunca había visto un diseño semejante. Se supone que se diseñan para ser cómodas. ¿Cómo podrían serlo así? De nuevo me sorprendí: eran de mi talla y eran la única manera de que pudiera andar con cierta soltura.

No obstante, verte obligada a llevar tacones altos no quiere decir que sepa usarlos. Un momento... ¿he dicho "obligada"? Quería decir obligado, claro. Tenía que aprender a moverme con ellos puestos si no quería partirme un tobillo si daba un mal paso. Me agarré a todos los muebles camino de lo que parecía un baño y que estaba situado a la derecha de la cama.

Estaba oscuro. Busqué a tientas la luz. Cuando la encontré, me vi reflejada en un espejo. Al menos, miraba a alguien que se movía exactamente como yo y precisamente al mismo tiempo, así que supuse que debía ser yo, porque no se parecía en nada a cómo me recordaba.

Lo primero que me llamó la atención es que era más baja que mi antiguo ser. Mi metro ochenta había quedado reducido a quizá metro sesenta y dos. Con los tacones probablemente pasaba del metro setenta. Me acerqué poco a

poco para ver mejor mi rostro. No era una belleza deslumbrante, pero estaba lejos de ser fea. Parecía diez años más joven de lo que era anteriormente, como el médico había dicho. Mi pelo, aunque crecido, era el mío, marrón y lacio. Ni rizado, ni moreno como se suponía que lo iba a ser. Mis cejas habían cambiado. De rectas habían pasado a un cierto arco y seguían siendo más o menos gruesas, nada de "finas, con un pelo de grosor". Mis ojos eran más grandes, más redondos que anteriormente, y tan castaños como siempre. Sin embargo, mi nariz era completamente diferente, pequeña y ligeramente respingona. Mis labios seguían siendo finos aunque habían engordado ligeramente. Nadie podía decir, viendo esa cara, que no fuera una mujer.

Me desnudé. Tenía que ver cómo era mi cuerpo. ¡Dios mío! Mi culo era GRANDE. Realmente grande. Era la característica que más llamaba la atención de todo mi cuerpo. Cómo había palpado en la cama, tenía unos pechos diminutos. Eran poco más que una gran aréola marrón con un pequeño pezón en el centro. No llegaría ni a una copa tamaño "A". De alguna forma, sin embargo, no me gustaba que fueran tan pequeños. Si era una chica, me gustaría tener algo de lo que sentirme orgullosa, ¿no? y los senos son la esencia de la feminidad. Otro pensamiento extraño. ¿Estaba aceptando mi destino así de fácilmente? De todas formas ¿Acaso podría cambiarlo?

La cintura era muy estrecha, lo que hacía que mis caderas parecieran incluso más grandes. Llevé una mano a una de mis nalgas. Eran tan grandes que no podía ni abarcarla con las dos. Hubiera preferido algo menos de culo y algo más de tetas. ¡Caramba! Otra idea rara... ¿Por qué estaba pensando así?

Las piernas eran largas para mi altura y eran hermosas. Muchas mujeres matarían por esas piernas... ¡¡pero eran mías!! y tenían vello. Mucho menos de lo que recordaba en mis gruesas patatas masculinas. Ciertamente ninguna chica las llevaría así. Lo mismo podría aplicarse a mis axilas.

De toda mi figura, solo ese diminuto pene inerte estaba fuera de lugar, como un pigmeo en la NBA.

—Podría vivir como una mujer, mientras nadie me viera desnuda —dije, tratando de acostumbrarme a mi voz.

Santo Dios... podría enamorarme de una chica como yo. Incluso con las tetas casi inexistentes que tenía.

Volví a ponerme el pijama. Era momento de descubrir algo más del lugar en el que estaba.

Tercera parte

La habitación tenía una puerta blanca que estaba cerrada. Giré el pomo y se abrió sin problemas. Fuera lo que fuera el sitio en el que estaba, no era precisamente una prisión.

El pasillo era como el de cualquier hospital privado, luminoso y silencioso. Una enfermera me vio asomar y acudió corriendo a mi lado.

—No, Laura, no. No puedes salir —dijo, cogiéndome de los hombros y devolviéndome al interior del cuarto—. Enseguida vendrá el doctor y podrás hablar con él.

—Pero... pero... —intentaba decir que me quería ir a casa, aunque lo que realmente deseaba era que me devolvieran a mi anterior persona, a mi anterior vida. Eso era imposible, claro, así que me dejé conducir dócilmente de nuevo al redil. Me puse a mirar por la ventana. A lo lejos se veía una ciudad, pero el edificio estaba indudablemente en una zona rural. Había un enorme bosque justo debajo. Me hubiera gustado pasear por él.

No tardó mucho tiempo en aparecer uno de los médicos que estaba presente en la consulta el día de las pruebas. Me volví para mirar y cuando lo reconocí, me sentí terriblemente violento. Cerré los puños y me acerqué hacia él. Un enfermero me sujetó sin esfuerzo aparente. No es que antes fuera un auténtico sansón, sin embargo desde luego tenía suficiente energía para ofrecer algo de resistencia. Ahora mis músculos simplemente parecían ausentes.

—Escucha, Laura —dijo el doctor—. Con violencia no vas a conseguir nada. De todas formas, pronto desaparecerá esa agresividad, ya que no está programada en tu carácter. He venido aquí a explicarte alguna de las cosas que sin duda estarás interesada en saber. ¿Vas a comportarte o me voy?

Asentí con la cabeza. El hombre hizo un gesto al auxiliar, que aflojó la presa sobre mis brazos. Me senté sobre la cama.

—Has sufrido una serie de modificaciones que implican una altísima tecnología. No te voy a explicar los pormenores, porque no es necesario. No existe nadie más en el mundo que tenga la capacidad de hacer lo que te hemos hecho y aunque lo hubiera, no puede deshacer prácticamente nada. A todos los efectos, eres una mujer desde ahora, aparte de lo que los restos de tu

antiguo sexo indiquen. Hemos tomado como base tu antiguo cuerpo, por eso hay partes que notarás tuyas, como tu cabello, por ejemplo. Tenemos la capacidad de alterarlo, pero todo tiene un coste, y nuestro cliente se ha gastado el dinero en otras cosas, como por ejemplo, el aumento de tus nalgas. En principio iban a ser un barato implante corriente de silicona, aunque finalmente decidió gastarse el dinero en hacerlas reales ¡y la verdad es que nos ha quedado una auténtica obra de arte! Además, le hemos regalado el acortamiento de tu tendón de Aquiles. Es por eso que te hemos preparado tu calzado especial. Acostúmbrate a él.

Parecía orgulloso de su resultado. Yo quería disimularlas como fuera, sin embargo no veía cómo hacerlo con el pijama del hospital.

—Las demás alteraciones que hemos llevado a cabo implican también una modificación de tu conducta, mediante, digamos, retoques cerebrales. Les cuesta más tiempo actuar, por eso aún puedes tener arranques de violencia masculina, como el que has intentado (aunque nuestros test indican que antes ya carecías de tendencias agresivas marcadas). Pronto no entenderás que nadie, ni tú misma, pueda referirse a tu persona como hombre. Serás dócil y apasionada. Te va a gustar el sexo, créeme —reafirmó, al ver mi cara de extrañeza—, pero me temo que jamás experimentarás un orgasmo de nuevo. Aprenderás a disfrutar a través de la satisfacción de otros, especialmente tu marido. Según tengo entendido, jamás volverás a tocar a una mujer genética. De hecho poco a poco ese contacto te irá disgustando más y más. Sí, lo siento... Sigues siendo más o menos heterosexual... de otra manera. Pronto empezarás tu formación... no todo podemos hacerlo los médicos —rió—. Te enseñarán a cuidarte y a mostrarte bella. También aprenderás a dar placer sexual y el resto del programa que tu dueño ha elegido.

Me vio cerrar los puños de nuevo, así que volvió a hablar cuando ya parecía que se iba:

—Laura, no luches contra tu destino. Aunque, de hecho, es imposible que te opongas, puede hacer que tus primeros días sean realmente incómodos y sería una pena.

Se fue.

¿Aceptar lo que me estaban haciendo? ¡Je! ¡Nunca! Lucharía y me opondría con todas mis fuerzas. Saldría de allí libre o me escaparía antes o después. La Policía seguro que estaba interesada en todo lo que pasaba...

...¡Qué equivocada estaba! y menos mal... ¡Nadie me habría tomado en consideración con esas horribles cejas sin cuidar y esos pelacos en las piernas! Una señorita siempre debe estar atractiva, ¿verdad?

Volví a quedarme solo en la habitación, tratando de asimilar todo lo que me había dicho el galeno. Me temblaban las rodillas. En parte era por mi falta de habituación a los altos tacones que me debían acompañar el resto de mi vida, aunque, sobre todo, se debía al trauma que habían provocado sus palabras. Tenía unas enormes ganas de llorar que contuve a duras penas. Me sentía superado totalmente por lo que me estaba ocurriendo. Me veía realmente estúpido con ese delgado cuerpo de mujer tan desequilibrado, vestido tan sólo con un pijama de hospital, sin saber qué hacer ni a donde ir.

No sé cuánto tiempo había pasado cuando alguien golpeó suavemente la entrada, como tampoco sabía el tiempo que había estado privado de conocimiento. Debería haberlo preguntado cuando me había visitado el médico. Por cierto, muy convencido debía estar de su trabajo, ya que no me había examinado. Mejor. No estaba muy segura... seguro de soportar que me toqueteara. ¡Por Dios, ni siquiera yo me atrevía a tocar mi cuerpo!

Dije un "adelante" con mi nueva y femenina voz que me desconcertó de nuevo. Cómo la odiaba, casi de niña... La puerta se abrió lo justo para que se asomara una cabeza. Pertenecía a una mujer. Era rubia, con los ojos azules y labios gruesos, y sonreía.

—¿Puedo pasar?

—Está usted en su casa —dije con un punto de ironía amarga—. En cualquier caso —dije para mí—, no estamos en la mía.

Deslizó su cuerpo al interior y cerró detrás de sí. Era alta. Al menos, más que yo, lo cual tampoco era decir mucho. El pelo rubio le caía en organizados rizados sobre los hombros. Su nariz era pequeña y recta y sus cejas tenían forma de lágrima alargada, finas y suavemente arqueadas. Vestía un jersey ligero ajustado de color blanco, ceñido con un cinturón ancho y una pequeña falda negra. Tenía unos pechos muy voluminosos que no hacía nada por disimular. Su culo era generoso, pero naturalmente nada que se acercara al mío. Sus

piernas eran largas y terminaban en unos pies diminutos que tenían unos zapatos blancos de tacón tal alto como los que me adornaban. Se deslizaba grácilmente sobre ellos, justo lo contrario que yo.

—¡Hola! —Se presentó, dándome un beso en cada mejilla—. Me llamo Isabel y voy a ser tu asistente personal en tu camino hacia tu nuevo yo.

La miré inexpresivamente. Era hermosa. Me gustaba. Sin embargo, me sentía más envidiosa de sus curvas que interesado en tener sexo con ella. Se sentó a mi lado y fijó sus hermosos ojos en los míos.

—Estoy segura de que piensas que no te puedo ayudar en nada. Que todo lo que te ha pasado es injusto y te sientes desesperada. ¿Sabes por qué sé qué piensas así?

Negué con la cabeza.

—Porque yo he pasado por exactamente lo mismo que tú. Hace dos años yo era... bueno, ya sabes... —le costó mucho decir la palabra— un varón.

Entonces mi mirada cambió a la incredulidad.

—¿Por qué no me crees?

—Eres muy... hermosa. No pareces un hombre.

Rió. Con una risa cristalina que llenó la estancia, y que enseñó sus dientes, blancos y grandes.

—¿Acaso tú pareces un hombre? ¿Te has mirado en el espejo? Claro que te faltan los detallitos de belleza que toda mujer debe conocer... por eso estoy aquí, para que los conozcas.

—¿Y si no quiero? —me atreví a decir.

—Laura... sí que quieres. Aunque pienses que no. Yo soy una empleada de la Compañía. Mi labor es conocer estilos y formas de belleza. A ti tengo que enseñarte según los deseos de tu comprador. Podrías tener otros gustos si dejásemos que se desarrollasen, pero no va a ser el caso... ¡Por Dios, que cejas! ¿No te da vergüenza?

Me puse colorada ante su gesto de rechazo. Sin duda tenía razón. Debía aprender a cuidar mi imagen... y en realidad no me importaba tanto. Ya me escaparía antes o después.

—Hoy, antes de que te acuestes, te parecerás más al diseño contratado para tu imagen. Además te va a gustar. Ya lo verás.

Cuarta parte

Isabel me sacó de mi habitación. Me cogió de la mano para llevarme a otro recinto dentro de la misma planta.

—No, no —me dijo en cuanto empecé a andar—. No lo hagas así... Para caminar con esos tacones tienes que cimbrear las caderas... Mover el culo de un lado a otro y poner los pies como si lo hicieses en una cuerda a diez metros de altura... así...

A ella le salía con una absoluta naturalidad. Tanta que ni siquiera me había fijado en que caminaba "sobre la línea". Justo lo que me faltaba. Con ese movimiento, mi enorme trasero oscilaba de lado a lado, haciendo que fuera totalmente imposible lograr que alguien no se fijase en él.

—¿No existe otra manera? —pregunté al llegar al pasillo, aún tambaleante.

—¿Con esos tacones? No si quieres parecer grácil y no una persona que necesita muletas. Es la única forma que vas a tener de caminar con una cierta comodidad. Los primeros días te garantizo que tendrás incluso agujetas, y más teniendo en cuenta que han reducido tu tono muscular a prácticamente nada.

Se quedó un momento mirándome. Sonrió al ver mi ceño fruncido y mi cara de concentración mientras intentaba mantener los pies sobre la imaginaria línea sin bambolear mis posaderas. Me volvió a coger la mano y la apretó con un gesto cariñoso que agradecí internamente.

—Laura, cariño... Mueve las nalgas... Ya sé que no te gustan, pero debes hacerlo... Debes ser algo mejor que un pato mareado.

Suspiré y lo intenté como me decía. La cosa fue un poco mejor, aunque no podía evitar sentirme ridícula hasta la médula, vestida con un pijama de hospital, sandalias de tacón alto en forma de cuña y mis enormes posaderas oscilando como un péndulo. Además, al caminar así, notaba cómo mis diminutos pechos se agitaban y movían (algo que pensaba imposible, dado su tamaño), lo que añadía incomodidad a toda la situación. Por supuesto, distaba de la gracilidad que me había prometido.

Tras un camino que me pareció eternamente largo y que no fue más allá de unos cuantos pasos, durante el cual pasamos por delante de tres

habitaciones similares a la de mi cuarto, todas entornadas, llegamos a otra puerta exactamente igual que las anteriores, salvo que estaba en el lado del pasillo opuesto. Estaba cerrada con llave, que Isabel hizo aparecer de algún sitio para abrirla. Llegue casi cansada y esperar de pie tampoco me ayudaba. Todo el peso de mi cuerpo descansaba sobre los dedos de mis pobres piecitos. Incluso ahora, dos años después de caminar así todos los días, sigue siendo incómodo estar de pie por periodos largos de tiempo. Sólo que ya es parte de mi vida, de mi persona. Ni siquiera pienso en poder usar zapatos planos o caminar descalza: sé que jamás podrá ser y obsesionarse con imposibles es propio de necios, ¿no?

El interior estaba oscuro, ya que era una habitación sin ventanas. Isabel alcanzó el interruptor y pude ver lo que había. Un tocador con iluminación propia y una camilla con varios instrumentos cosméticos en un mueble a su lado.

—Trabajaremos más tu forma de caminar. Ahora hemos venido aquí para otra cosa... pasa, pasa.

Cerró la puerta detrás de mí.

—Aquí es donde vas a aprender a cuidar tu aspecto físico, especialmente tu maquillaje y depilación y también poses y posturas. ¡No creas que vas a poder vivir muy relajada, Laura! Según los requerimientos de tu comprador, en público siempre vas a estar con poses más o menos forzadas que te realcen... Ya llegaremos a eso.

Cada palabra que decía me hundía más y más en una triste desesperación. Cuando me sentó delante del espejo no mejoró precisamente. Volví a ver ese rostro que a la vez era mío y de una extraña. El óvalo facial sí que parecía pertenecerme, aunque la barbilla era sin duda más fina, la mandíbula menos marcada. La nariz, desde luego, era completamente diferente. El nacimiento de mi pelo ahora era más adelantado y más uniforme. No es que tuviera entradas, pero el aspecto de mi cuero cabelludo había sido puramente masculino. Ahora, justo lo contrario, a lo que había que sumar la enmarañada longitud de mi melena. Mis ojos eran más grandes y más redondos. Por encima de ellos, unas cejas arqueadas que poco tenían que ver con las mías, rectas, salvo la cantidad de pelos que tenían. Isabel callaba

mientras yo me inspeccionaba en el espejo. Finalmente, puso un objeto metálico delante de mí: unas pinzas de depilar.

—Esas van a ser tus amigas desde ahora. Voy a dejarte las cejas como tu propietario ha decidido, aunque el mantenimiento diario es cosa tuya. Jamás podrás permitir un pelo fuera de su sitio, así que mejor acostúmbrate a ellas.

Tras esas palabras, me inclinó hacia atrás en la butaca en que estaba sentada. Una luz directa me forzaba a tener los ojos cerrados casi continuamente. Sentí sus manos cálidas sobre mi rostro. Un momento más tarde, un dolor como el de un pinchazo en mi cuenca supraorbital. El primer pelo. Sólo fue a peor. Sin embargo, aguanté sin moverme. De alguna manera, estaba deseándolo. No me había gustado el comentario que había hecho antes sobre ellas. Quería, necesitaba estar guapa para sentirme bien conmigo misma. Además, cuanto más centraran la vista sobre mi rostro, menos querrían mirar mi culo... Un momento... ¿estaba pensando en cómo me iba a mirar la gente? Es más... ¿en cómo y por qué me iban a mirar los hombres? Oh Dios...

—Bueno, ya está —dijo, tras un suplicio que de nuevo me pareció eterno—. Mírate y dime lo que te parece.

Abrí los ojos con una mezcla de expectación y miedo y al mirarme al espejo, se me escapó una sonrisa. Fue la primera vez que me vi haciendo ese gesto. Me pareció sexy y natural... porque no me reconocí. Aún no me había acostumbrado a mi propio reflejo. Mis cejas eran ahora apenas un hilo tenue que empezaban a una mayor distancia de la nariz que antes y trazaban un arco perfecto hasta el final del ojo. Quizá hicieran mi rostro menos expresivo, pero me hacían parecer indudablemente femenina.

—Me gustan —dije, casi inconscientemente.

—Me alegro —respondió Isabel, apretando sus manos sobre mis hombros. Un escalofrío de placer recorrió mi espalda. Mi piel parecía también más sensible que antes de dormirme. No lo había notado hasta ese momento—. Ahora debemos pasar a esas axilas y piernas. Ven conmigo.

Me trasladó del tocador a la camilla.

—Hoy voy a hacerlo a la cera, dado que son las instrucciones que tengo y, desde este momento, deberás utilizar la maquinilla para mujeres todos los días por la mañana, sin excepción en axilas, piernas y pubis. Da igual que

sientas o no sientas que hay pelos. No puede pasar un día sin que lo hagas. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Te proporcionarán una cuchilla más tarde, junto con la crema para depilar. Es un gel para mujeres, perfumado y diseñado específicamente para cuidar nuestra piel. Tu piel. Ahora vamos a lo nuestro. Desnúdate...

Quedé sobre la camilla totalmente en bolas y roja como un tomate al sentirme observada en toda mi desproporcionada desnudez. Sin embargo, Isabel no pareció ni mirarme.

Si pensaba que las cejas habían sido una tortura, no tenían ni punto de comparación con el uso de la cera caliente. Desde su temperatura, casi quemando al disponerla sobre mi carne, hasta cada tirón que parecía que me arrancaba toda la piel.

Finalmente, sudando por la tensión y el dolor, temblando y desnuda, me sentí sin un solo pelo fuera de sitio en mi cuerpo. A Isabel ni siquiera se le había descolocado un cabello. Seguía sonriendo con sus labios gruesos, impolutamente pintados de rojo.

—Hemos terminado, Laura. Puedes vestirte. Mañana, después de la peluquería, tendrás que empezar las clases de maquillaje. Ahora es tarde y ha sido suficiente bombardeo de información para un día. Tu primer día.

Quinta parte

De nuevo con mi pijama y sola, volví a la habitación. Mi primer deseo al llegar a ella fue darle dos patadas a las estúpidas sandalias y caminar a gusto y descalzo. Me costó unos segundos entender que no podía hacerlo. Que, para mí, la comodidad en los pies era ahora precisamente esa herramienta de tortura que llevaba puesta. Suspiré frunciendo el ceño y los labios en un gesto infantil que no era propio de mí... aunque representaba muy bien cómo me sentía.

Volví a acercarme a la ventana. Anochecía. Con la luz de mi cuarto encendida, en vez del exterior, vi mi rostro reflejado en el cristal. Me quedé admirándolo. Lo que veía me gustaba. Resultaba atractiva y eso me hacía sentir bien. Pasé una mano por mi mejilla y por mi frente, notando la suavidad de mi piel, tan distinta a la que tenía antes, áspera y un tanto grasa. No tenía ni el surco de una pequeña arruga, ni siquiera en la comisura de los labios. Me pasé dos dedos por mis recién estrenadas cejas. ¡Cómo me gustaban así, tan finas! Me hacían sentir delicada y un punto vulnerable. Era consciente de cómo iban entrando en mí de golpe esas ideas femeninas, tan apartadas de cómo pensaba yo de mí propia persona antes de despertar y me gustaba. No existía una oposición intelectual. No sé si se debía a los "cambios" que habían inducido en mí o si era una aceptación de lo inevitable. Recordaba que mi ser masculino era muy dado a adaptarse a cuantos cambios ocurrían alrededor. Quizá simplemente era eso lo que estaba haciendo.

Me sobresaltó que, una vez más, se abriera la puerta. Me giré, un tanto aturdido, ya que, ensimismado a mi propio reflejo, había perdido la noción del tiempo. Era la misma enfermera que me había hablado antes esa misma tarde. De hecho, la primera persona que me había dirigido la palabra en mi nueva personalidad. Si Laura fuera un patito, la hubiera considerado su madre.

—La cena... —dijo, con retintín musical.

Dejó una bandeja sobre la mesilla, al lado de la cama, y volvió a salir sin siquiera llegar a mirarme.

La verdad es que empezaba a sentirme hambriento. Volví a sentarme sobre la cama (por Dios, ¡los pies me estaban matando!) y la puse sobre mis rodillas. Cuando quité la tapa, quedé bastante chafado: tan sólo había un

pequeño bol de ensalada y un yogur desnatado. Mientras daba cuenta de ello, supuse que me daban tan poco alimento por algo relativo a todo el proceso de modificación al que me habían sometido. ¡Qué equivocada estaba! Quedarme con hambre iba a ser una constante en mi vida. Hasta hoy, aunque mi cuerpo ya se ha acostumbrado a la sensación y no la interpreta como algo desagradable. Eso lo aprendería más tarde.

Algo frustrada y sin nada que hacer, me tumbé de nuevo en la cama. Aún sin sueño, tendría que intentar dormir. Era de noche, pero sin reloj ni televisión, carecía de cualquier referencia. Además, no tenía otra cosa mejor que hacer, así que apagué la luz.

Logré dormitar algún rato, fui incapaz de determinar cuánto. Antes tenía un estupendo sentido del tiempo interno... Otra cosa que parecía haber cambiado. Estaba totalmente desorientada. En cualquier caso, seguía siendo muy de noche. Me despertó mi vejiga hinchada. Tenía que orinar de inmediato.

Dormida, me puse en pie, sin recordar mis tendones de Aquiles. Caí de culo sobre la cama y me costó varios segundos entender lo que pasaba. La urgencia era grande y no podía buscar mis sandalias, por lo que fui corriendo de puntillas hasta el baño. Me senté sobre la taza sin ser consciente de que lo hacía. Cuando pensé por qué no estaba de pie, la orina ya fluía. En ningún momento sujeté el micro-pene que me habían dejado. Al acabar, en vez de escurrirlo manualmente, cogiéndolo entre mis dedos, lo limpié con papel higiénico y volví a la cama.

Ya casi volvía a estar dormida cuando me desvelé al golpearme la realidad de lo que había ocurrido. No lo había pensando en ningún momento. Otro paso más hacia el abrazo a mi nuevo Yo. Mi mente empezó a recordar mi figura y mi rostro y, de alguna manera, me sentí algo excitada. Mi propia persona, mi propio físico me atraía sexualmente.

"Qué lío monumental tienes en la cabeza... Laura", pensé, pronunciando por primera vez para mí misma mi nombre. No es que lo aceptara sobre el mío masculino (que he olvidado), sino que lo dije con una cierta ironía. A pesar de todo lo que me había pasado, de esa especie de pesadilla mezclada con cuento rosa en la que estaba inmerso ¡¡tenía ganas de sexo, precisamente por mi imagen!!

Acaricié mis brazos y mis piernas. El roce de mis dedos provocaba sensaciones táctiles antes desconocidas, más cercanas al placer que a las cosquillas. Me encantó notar mis piernas y mis axilas sin un solo pelo. Desde que era niño no estaban así... y entonces no me interesaban esas caricias.

Me mordí el labio inferior y pude notar como el corazón se me aceleraba. Pasé dos dedos por mi pubis. El tacto era extraño. Por el efecto de la cera aún estaba algo pegajoso, cosa que en las piernas no se llegaba a notar y apenas en las axilas. Finalmente, no pude más. "Al diablo con todo", me dije. "Estoy solo aquí y a nadie le importa lo que hago o dejo de hacer" y agarré mi pene. Al principio, por costumbre, quise hacerlo con toda mi mano derecha. Se perdía dentro. Luego lo cogí entre dos dedos. Antes, cuando tenía ese nivel de excitación, ya solía estar duro como una roca. Ahora, permanecía blando y sin respuesta alguna.

No tenía ninguna, ninguna sensación. Lo intenté manipular, apretarlo, agitarlo frenéticamente... Nada. Seguía excitadísimo, con unas terribles ganas de sexo y mi polla —si es que se podía llamar así a algo tan diminuto—, se comportaba igual que un trozo de carne ajeno a mi ser y a mis deseos.

Finalmente, sudorosa e insatisfecha, me acosté sobre mi costado izquierdo y traté de dormir. Acabé llorando de impotencia —bonito juego de palabras, por cierto—. No había querido creer que me habían arrebatado mi capacidad de tener orgasmos. Ahora estaba siendo dolorosamente consciente de ello. Justo cuando el resto de mi cuerpo reaccionaba mucho mejor que antes a cualquier estímulo placentero.

Mientras intentaba que el sueño finalmente me venciera pensé que, antes de ese día, no había derramado una lágrima desde la muerte de mis padres. Tardé mucho en dormirme. El deseo sexual no aplacado no se desvanece de golpe, sino que va abandonando poco a poco y, hasta que mi cuerpecito no se calmó del todo, no logré descansar.